

Sigmund Freud

**E**mpédocles de Acragas\* (Girgenti),<sup>1,2</sup> nacido hacia 495 a. C., aparece como una de las figuras más grandiosas y asombrosas de la historia de la cultura griega. Su multifacética personalidad se afirmó en las más diversas orientaciones; fue investigador y pensador, profeta y mago, político, filántropo y médico naturista; de él se cuenta que libró de la malaria a la ciudad de Selinonte, y sus contemporáneos lo veneraban como a un dios. Su espíritu parece haber reunido dentro de sí los más tajantes opuestos; exacto y sobrio en sus investigaciones físicas y fisiológicas, no retrocede, ante una oscura mística, y edifica una especulación cósmica de una osadía asombrosamente fantástica. Capelle lo compara con el doctor Fausto, “a quien tantos secretos fueron revelados”.<sup>2</sup> Nacido en una época en que el reino del saber no se fragmentaba aún en tantas provincias, muchas de sus doctrinas no pueden sino sonarnos primitivas. Explicó la diversidad de las cosas por unas

\* Tomado de: S., Freud. “Análisis terminable e interminable” (1937). En: *Sigmund Freud, Obras Completas*, XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1980, pp. 221 a 254 [pp. 246 a 248].

<sup>1</sup> {Llamada Agrigento en la época moderna}.

<sup>2</sup> Para lo que sigue me he basado en una obra de Wilhelm Capelle (1935).

mezclas de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire; creyó en el carácter animado de la naturaleza entera, y en la trasmigración de las almas; pero también entran en su edificio doctrinal ideas tan modernas como un desarrollo por etapas de los seres vivos, la supervivencia de los más aptos y el reconocimiento del papel del azar (τυχη) en ese desarrollo.

Pero aquí merece nuestro interés aquella doctrina de Empédocles tan próxima a la teoría psicoanalítica de las pulsiones que uno está tentado de afirmar que ambas serían idénticas, si no mediara el distingo de que la del griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se ciñe a pretender una validez biológica. Es cierto que sustrae a esta diferencia buena parte de su significado la circunstancia de que Empédocles atribuyera al universo el mismo carácter animado que al ser vivo singular.

El filósofo enseña, pues, que existen dos principios del acontecer así en la vida del mundo como en la del alma, dos principios que mantienen eterna lucha entre sí. Los llama *φιλία* (*amor*) y *νεῖκος* (*discordia*). Uno de estos poderes, que en el fondo son para él “unas fuerzas naturales de eficiencia pulsional, en modo alguno unas inteligencias concientes de fines”,<sup>3</sup> aspira a aglomerar en una unidad las partículas primordiales de los cuatro elementos; el otro, al contrario, quiere des-hacer todas esas mez-

<sup>3</sup> [Tomado, con modificaciones, del primer parlamento de Fausto en la obra de Goethe (parte I, escena I). {El párrafo reza así: «... me entregué a la magia pensando si, por fuerza del espíritu o por su misma boca, algún secreto me fuera revelado».}]

clas y separar entre sí esas partículas primordiales. Empédocles concibe al proceso del mundo como una alternancia continuada, que nunca cesa, de períodos en que una u otra de las dos fuerzas fundamentales conquista la victoria, de suerte que una vez el amor y la vez siguiente la discordia imponen de manera plena su propósito y gobiernan al mundo, tras lo cual la otra parte, la derrotada, se recobra y a su turno vence al copartícipe.

Los dos principios básicos de Empédocles, *φιλία* y *νεῖκος*, son, por su nombre y por su función, lo mismo que nuestras dos pulsiones primordiales, *Eros* y *destrucción*, empeñada la una en reunir lo existente en unidades más y más grandes, y la otra en disolver esas reuniones y en destruir los productos por ellas generados. Mas no ha de asombrarnos que esta teoría haya reaparecido alterada luego de dos mil quinientos años. Aun si prescindimos de la limitación a lo biopsíquico, que nos es impuesta, nuestras sustancias básicas ya no son los cuatro elementos de Empédocles; la vida se ha separado para nosotros tajantemente de lo inanimado, ya no pensamos en una mezcla y un divorcio de partículas de sustancia, sino en una soldadura y una desmezcla de componentes pulsionales. Por otra parte, en cierta medida hemos dado infraestructura biológica al principio de la “discordia” reconduciendo nuestra pulsión de destrucción a la pulsión de muerte, el esfuerzo de lo vivo por regresar a lo inerte. Esto no pone en entredicho que una pulsión análoga pueda haber existido ya antes, y desde luego no pretende afirmar que una pulsión así se ha engendrado sólo con aparición de la vida. Y nadie puede prever bajo qué vestidura el núcleo de verdad de la doctrina de Empédocles habrá de mostrarse a una intelección posterior Ψ